CENTENARIO DEL DIRECTOR JAPONÉS

Akira Kurosawa

Homenaje a uno de los imprescindibles de la historia del cine

Manuel Ariza Canales

A comienzos de septiembre de 1923, arrasada por un terremoto y la tormenta de fuego en que un tifón convirtió los incendios, el panorama que ofrece la capital japonesa excede todo el horror imaginado por Dante. Tokio es un infierno humeante donde las paredes han sido sustituidas por cadáveres apilados. Dos adolescentes pasean por calles y avenidas putrefactas. Cuando el más joven, Akira, intenta cerrar los ojos o apartar la vista, su hermano Heigo le obliga a abrirlos y a mirar a la muerte cara a cara. Es la única manera de vencer al miedo, según la refinada y brutal filosofía samurái que corre por sus venas.

Su padre dirigía un centro educativo juvenil que dependía del ejército. A pesar de sus ideas tradicionales, apreciaba el valor educativo del teatro y del cine. El joven Akira asumirá en su obra futura que el arte (también el séptimo) debía conjugar los valores estéticos con los éticos. Será la suya una búsqueda de algo parecido a la sabiduría, a través de una belleza oscilante entre la serenidad y la convulsión.

Akira veía a su hermano Heigo como un rebelde sin causa, raro y genial, que se fue alejando de la familia y el instituto. Perdiéndose adrede en los suburbios de Tokio y las páginas de novelas occidentales, procurándose una formación autodidacta. Heigo consiguió trabajo como benshi, narrador de películas mudas en la oscuridad de aquellos primeros cines. La llegada del sonoro también fue fatal para él. Se suicidó a los veinticuatro años. En Akira perduró el amor por la expresividad puramente física y gestual de aquellas películas silenciosamente atronadoras. En 1993 declaraba: “Me sigue gustando el cine mudo. Y cuando hago una película, intento imaginarme cómo sería la escena si fuese muda, y luego elimino el diálogo innecesario”.

En 1935 Akira se presenta a una selección de ayudantes de dirección organizada por la productora Toho, donde llama la atención del director Kajiro Yamamoto, quien consigue su contratación. Durante cinco años trabajará en la realización de veinticuatro películas, lo que le supondrá un exhaustivo aprendizaje de la técnica y los recursos cinematográficos, desde el esbozo del guión hasta el montaje final.

En 1943 rueda su primera película como director, la historia de un joven judoka que fluye con el lírico dinamismo que habría de ser una de las señas de identidad de su estilo. A pesar de ser un tema genuinamente japonés, La leyenda del gran judo, como se la conoce en nuestro país, suscitó los recelos de unos censores que, en plena Segunda Guerra Mundial, tuvieron la perspicacia de observar las influencias del cine norteamericano que efectivamente había en la cinta. Otra marca de la casa en ciernes. La película fue un éxito de crítica y taquilla tan rotundo que Kurosawa no tardaría en recibir el encargo de realizar su secuela.

Las condiciones que imponían tanto los tiempos de penuria como el legendario perfeccionismo de Kurosawa provocaron un civilizado motín entre los trabajadores de la productora. Elegida por sus compañeros, la joven Yoko Yaguchi tuvo la osadía de presentarle sus quejas al director. A Kurosawa le impresionó tanto la inteligente y decidida prestancia de la muchacha que se casó con ella el 21 de mayo de 1945. Curiosa manera de arruinar la carrera de una líder sindical nata. Una negociación laboral a la japonesa: Yoko estaba embarazada de dos meses cuando contrajeron matrimonio y ya sólo la muerte les separaría.

> En ‘El ángel ebrio’ rueda por primera vez con uno de sus actores fetiche, un joven de físico contundente y mirada de fuego llamado Toshiro Mifune

Terminada la guerra, comienza una etapa de crítica social y revisión del pasado más inmediato. La historia de la mujer de un disidente izquierdista encarcelado por sus ideas lleva un título que podría resumir el amargo desencanto de la generación que había sobrevivido al horror de la guerra: No añoro mi juventud (1946). El espíritu democrático que la ocupación norteamericana estaba promoviendo en el país presuponía un respeto hacia la libertad y la dignidad individuales inédito en la cultura japonesa, del que se derivaba una reflexión ética acerca de la intransferible responsabilidad de cada ser humano. Una especie de existencialismo moral que, turbiamente mezclado con el fatalismo oriental, atravesará la filmografía de Kurosawa.

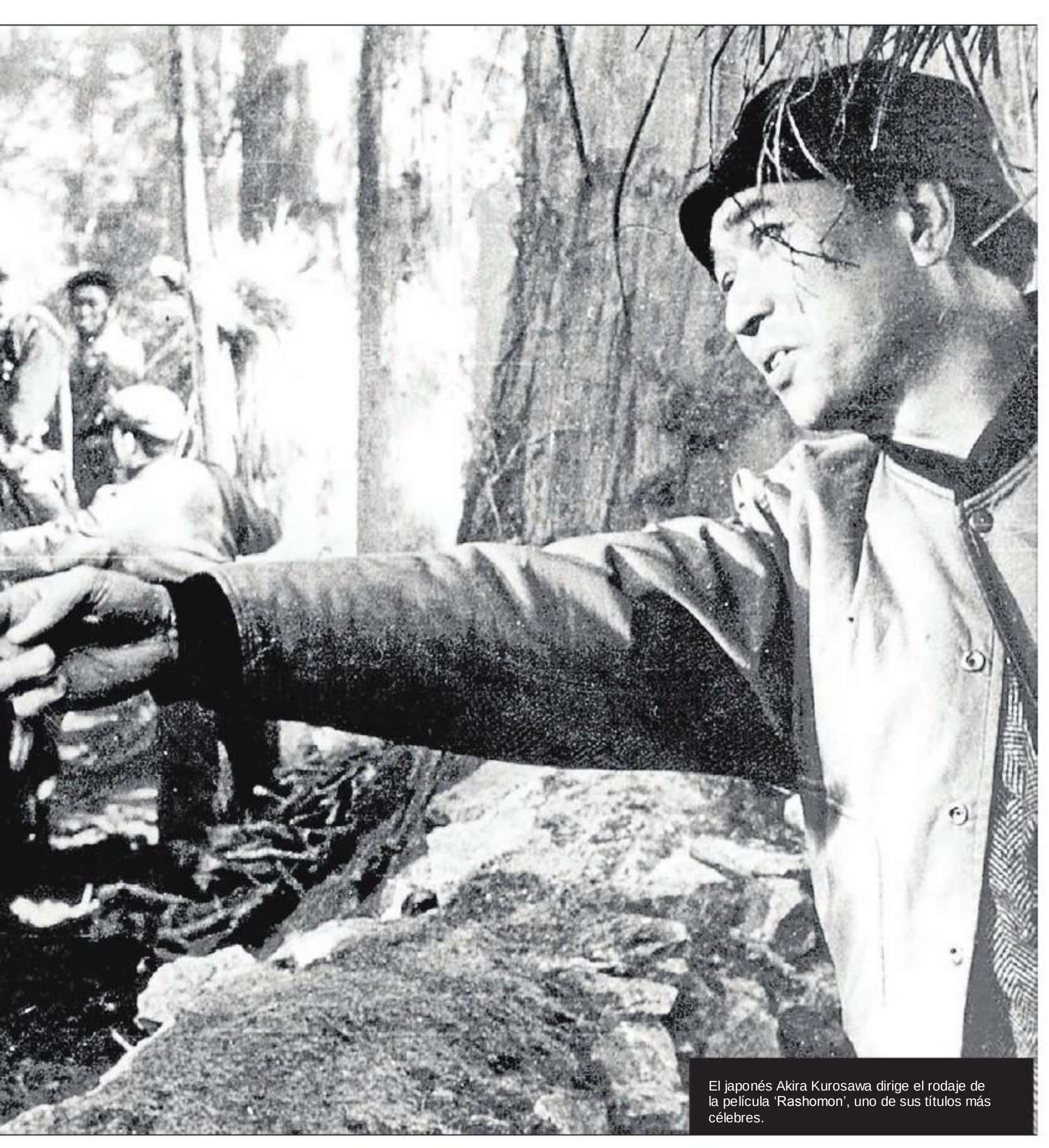
El ángel ebrio (1948) constituye una personal aproximación al cine negro donde, con poderoso lenguaje visual, se nos cuenta cómo un médico alcoholizado intenta redimirse curando a un yakuza enfermo de tuberculosis. En esta producción rueda por primera vez con uno de sus actores fetiche, un joven de físico contundente y mirada de fuego que respondía al nombre de Toshiro Mifune.

A partir de dos cuentos de Ryonosuke Akutagawa, escribe el guión de Rashomon, un poliedro narrativo que presenta la historia de una violación y un asesinato desde cuatro puntos de vista diferentes y contradictorios. Ni que decir tiene que el proyecto fue inicialmente rechazado por todas las productoras a las que fue presentado. Nadie se atrevía a producir un experimento tan arriesgado. Además, Kurosawa necesitaba, al menos, reconstruir en un decorado la mítica y monumental puerta feudal que da título a la historia. Demasiado dinero para una historia incomprensible. Kurosawa consigue reducir al mínimo el presupuesto y, por fin, los Estudios Daiei aceptan. El rodaje comienza el 7 de Julio de 1950 y el filme se estrena el siguiente 25 de agosto, tras pasar una frenética semana encerrados en la sala de montaje. Pese a las críticas adversas, la aventura se salda con un razonable éxito económico.

Kurosawa decide pasar página, nunca mejor dicho, y acto seguido se embarca en la adaptación de una novela de su autor favorito, El idiota de Fiódor Dostoyevski. Mientras tanto, y sin que él lo sepa, Giuliana Stramigioli, representante en Japón de una compañía cinematográfica italiana, comienza a gestionar la inclusión de Rashomon en la siguiente edición del festival de Venecia. El 10 de septiembre de 1951, contra todo pronóstico, un atónito Kurosawa recoge el León de Oro a la mejor película. A continuación la RKO se hará cargo de la distribución de Rashomon en Estados Unidos, con notable éxito de crítica y público, llegando al alzarse con el Oscar a la mejor película extranjera en la edición de aquel año. Avalado por esos y otros premios, el filme se estrenará en algunas salas francesas, alemanas y escandinavas. Desde luego, constituyó el punto de inflexión que marcó la apertura de los mercados occidentales al cine japonés. Tras Kurosawa, otros nombres clave como Kenji Mizoguchi o Yasujiro Ozu comenzaron a ser conocidos y apreciados en occidente. Posteriormente, nuevas generaciones de cineastas japoneses (Nagisa Oshima, Shohei Imamura, Takeshi Kitano, Hirokazu Koreeda...) habrían de seguir la senda de festivales internacionales y prestigio que Kurosawa había abierto casi sin darse cuenta.



De 1952 data la realización de ¡Vivir!, la historia de un oscuro y rutinario funcionario que descubre el sentido de la vida justo cuando se le diagnostica un cáncer de estómago. Consciente de que le queda muy poco tiempo, emprenderá con ciega determinación una cruzada personal contra el dragón de la burocracia con el objetivo de conseguir que un estercolero urbano, que amenaza la salud de los vecinos, se convierta en un parque infantil. La escena de Takashi Shimura, otro de los actores favoritos de Kurosawa, balanceándose en un columpio bajo la nieve, canturreando misteriosamente una dulce melodía, esperando la muerte con la conciencia de haber hecho algo por lo que había merecido la pena vivir, debería figurar en la lista de los momentos cumbre de


El japonés Akira Kurosawa dirige el rodaje de la película ‘Rashomon’, uno de sus títulos más célebres.

la historia del cine. Pocas veces se logra expresar tanto con tan poco. Resulta pura emotividad, total ausencia de retórica. Hondo y tierno escalofrío en blanco y negro.

En aquella década de los cincuenta, un Akira Kurosawa en estado de gracia enlaza un clásico tras otro. En diciembre de 1952 se recluye con sus coguionistas y, a mediados del enero siguiente, el guión de Los siete samuráis está prácticamente terminado. Unos campesinos sometidos al cruel y sistemático expolio de una banda de forajidos, deciden contratar a unos samuráis para que les ayuden a liberarse de ese yugo tiránico. Tras varias tentativas fallidas, consiguen que seis samuráis en horas bajas y un joven alocado acepten la exigua paga que pueden ofrecer: dos puñados de arroz para la comida. Ambientado en el siglo XVI japonés, la épica de estos héroes crepusculares será revisitada en numerosas ocasiones, dando lugar, como mínimo, a otro título mítico: Los siete magníficos (John Sturges, 1960). Con Yul Brynner, sus chicos y la inolvidable banda sonora de Elmer Bernstein nacía el samurái–western.

Trono de sangre (1957), libre adaptación del Macbeth de William Shakespeare, sube la temperatura trágica del cine de ambientación histórica de Kurosawa. Paradójicamente, el texto que había cautivado al cineasta constituía también el principal obstáculo para trasladar el sangriento drama de ambición de Escocia a Japón. Será el cuerpo, sobre todo el rostro, quien sustituya a la palabra. Instruidos por un entonces implacable Akira Kurosawa, todos los actores se someterán a una dura disciplina expresiva próxima al tradicional teatro Noh.

Pese a mantener el interés de la crítica, los ingresos descendieron hasta el punto de necesitar una propuesta más comercial posteriormente, como La fortaleza escondida (1958), donde relataba las aventuras de un samurái que escolta a una princesa en su viaje por territorio enemigo.

‘Dersu Uzala’ es un canto a la amistad que se establece entre unos soldados rusos y un cazador que vive en simbiosis con el bosque siberiano

El filme obtuvo la acogida esperada entre el público y, casi veinte años más tarde, su influencia será más que visible en la ópera prima del cineasta norteamericano George Lucas, la primera entrega (posteriormente conocida como cuarto capítulo) de la saga de La guerra de las galaxias.

Yojimbo (1961) está ambientada en la segunda mitad del siglo XIX, pocos años antes de que el nuevo gobierno Meiji comenzase la revolución desde arriba que occidentalizó la economía y la indumentaria externa de los japoneses, que no tanto la espiritual. Sanjuro (Toshiro Mifune) es un samurái vagabundo que llega a un pueblo donde encuentra dos facciones enfrentadas a muerte. Jugará con ambas, vendiendo sus servicios sucesivamente al mejor postor, hasta lograr su mutua destrucción.

Sabido es que tres años después Sergio Leone le hizo un homenaje excesivo, plagiando el filme prácticamente fotograma a fotograma en Por un puñado de dólares. El juicio por los derechos de autor se zanjó con la cesión de los derechos de explotación del clon italiano en el mercado asiático.

Tras su decepcionante paso por Hollywood, en el que llegó a preparar una película sobre el ataque a Pearl Harbor, ¡Tora, Tora, Tora!, que finalmente dirigiría Richard Fleischer, y el naufragio en taquilla de la onírica El camino de la vida (1970) y, con ella, de su productora, Kurosawa intentó suicidarse cortándose las venas de las muñecas y el cuello. Afortunadamente su pericia para el harakiri estaba lejos de ser la de sus antepasados, y sobrevivió a aquella tentativa, recuperándose de su depresión con nuevos y más espaciados proyectos.

Del Kurosawa final sobresalen con luz propia dos obras maestras. En 1975 estrena Dersu Uzala; película producida con dinero soviético, es un canto a la amistad que se establece entre unos soldados rusos y un cazador que vive en perfecta simbiosis con el bosque siberiano. Poesía ecológica que revela el auténtico lugar que le corresponde al ser humano en la naturaleza.

El profesor Caparrós Lera está coordinando una espléndida gira con ciclos y exposiciones sobre el japonés que visitará doce ciudades españolas

En 1985 Akira Kurosawa vuelve a William Shakespeare para adaptar su Rey Lear en la majestuosa y desasosegante Ran. Con las más intimistas Los sueños de Akira Kurosawa (1990), Rapsodia de agosto (1991) y Espera un poco (1992) se cerraba uno de los ciclos imprescindibles de la historia del cine.

Por diversos motivos, entre los cuales figura la quiebra de la fundación que lleva el nombre del director, la celebración del centenario del nacimiento de Akira Kurosawa no está resultando todo lo brillante que hubiese sido deseable. Por suerte para nosotros, el profesor, crítico e historiador José María Caparrós Lera está coordinando una espléndida gira con ciclos de cine, conferencias, una exposición de dibujos de Kurosawa y otras actividades, que al finalizar el año 2010 habrá visitado un total de doce ciudades españolas.

Akira Kurosawa afirmaba que uno podía morir tranquilo si durante su vida había seguido su vocación. Seguramente sea su caso, ya que, a pesar de su perfeccionismo, se preciaba de que en todas sus películas había por lo menos tres o cuatro minutos de verdadero cine. Alguno más, maestro.